

asegurada esta vírgen de que su amor purísimo hácia el Amor increado queda más puro, más terso, más esplendoroso que el refulgente astro del dia, despliega sus labios, y arrodillada ante el trono del Eterno, levantando su corazón, sus ojos y sus manos al cielo: «Aquí está, dice, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Abrid, amados míos, los ojos de vuestro entendimiento; avivad vuestra fé. Hasta este momento el amor hermoso estaba como encerrado en el empíreo; lo conocian algunas almas privilegiadas, y el resto de la humanidad no sabía amar sino la carne, los placeres, el oro; pero apénas Marí ha dicho *hágase*, el Angel ha dado el vuelo más rápido que diera jamás un serafin: desde Nazaret vuela al cielo, da cuenta de su mision, el *fiat* de María es celebrado por toda la córte celestial con himnos, con cuyos acentos no resonáran jamás los ángulos de la celeste Sion; se abren sus puertas de esmeralda; ejércitos innumerables empiezan á marchar precediendo al Rey del cielo, que en pós de todos baja hasta la pobre morada de María; llega, y pasmaos, ¡oh cielos!; admiraos, ¡oh ángeles!; el Hijo del Eterno, el engendrado por el Padre entre los resplandores de todos los Santos, es engendrado por María. Tanto ha podido la humildad de María! ¡Tanto ha podido su ánimo y propósito irrevocable de amar á Dios con un amor más puro que el de los serafines! *Humilitate placuit, virginitate concepit.*

Ahora ¡oh ángeles! sabed que si ántes amábais á los hombres porque tienen un espíritu semejante á vosotros, los habeis de amar desde este punto porque vuestro Rey inmortal se les parece en todo; y vosotros ¡oh hijos de Adán! vosotros, que no amábais sino la materia, lo que veíais y lo que palpábais, sabed que el amor increado se ha hecho palpable y sensible para que vosotros lo ameis como á hermano, ya que no le amárais como á Dios y bienhechor. Esperad nueve meses, y vereis á este amor

hermoso trasladado del seno de María al pesebre, del pesebre á sus brazos, y allí lo han de ver los sencillos pastores y han de quedar enamorados; lo han de adorar los sabios, y han de quedar atónitos; lo han de contemplar los justos, y quedarán extasiados. Esperad un poco más, y vereis á este amor propagarse por todas partes, y miles de almas han de estar dias y noches suspensas al ver la hermosura infinita de Dios representada en su amable rostro, la sabiduría eterna delineada en sus palabras, el poder omnímodo en los milagros, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, el amor, sensibilizados en cuanto hace y dice Jesus.

Hé aquí lo que ha podido el amor puro de María; y, en efecto, amados míos; Dios que se une á la naturaleza humana, con la cual estaba divorciado; el hombre que se une á la naturaleza divina, de quien se hallaba separado, son dos prodigios estupendos, en los cuales se ven trastornadas casi todas las leyes de la naturaleza; pero son prodigios obrados al impulso del amor hermoso de María.

No bien ha dicho María *hágase*, todas las leyes de la naturaleza son trastornadas, y la gracia, cuyo imperio empieza, obra los más estupendos milagros: una vírgen es madre, un Dios es hombre, un hombre es Dios; desde aquella hora Dios es hombre, es mortal, es pasible; desde aquel instante el hombre es Dios, es inmenso, es eterno, es infinito; Dios, que es todo, se anonada; el hombre, que es nada, se diviniza; Dios y el hombre, que distan grados infinitos, se unen de tal modo, que jamás pueden separarse. Todo esto se cumple en el seno de María; cuán vasto, cuán inmenso sea este santuario donde se contiene toda la inmensidad de la naturaleza divina, no es concebible; si lo preguntais á los ángeles, lo ignoran; si lo preguntais á Dios, tampoco os lo dirá, porque siendo Dios eterno, infinito é inmenso por naturaleza, no puede conocer limites que lo circunscriban. ¡Oh qué prodigio!

¿Conque todas las maravillas de la creacion , todas las grandezas del mundo, todos los espacios de los cielos son un punto insignificante que cabe en el último seno del corazon de María? Sí. ¿Conque el que sacó los cielos y la tierra de la nada, el que crió en un instante millones de espíritus, tuvo que pedir á María unas gotas de sangre para formar un cuerpo en que vivir? Sí. ¿Conque María contiene dentro de sí al que no cabè ni en éste ni en cien mil mundos mayores que criase? Sí. Todo esto es verdad, amados míos; y en ello se ven las leyes mudadas, Dios unido al hombre, el hombre unido á Dios, lo corruptible á lo inmortal, lo limitado á lo infinito, la pequeñez á la inmensidad.

Pero, ¿de qué modo? ¿Acaso la naturaleza divina absorbió á la humana ó la humana á la divina, ó bien resultó de esta union una tercera naturaleza, como pretendiera el hereje Eutiques? ¿Acaso se unieron estas dos naturalezas con una union moral y accidental, ó instrumental ó afectuosa, como se une el esposo con su esposa, como deliraba Nestorio? No, amados míos; cuando decimos que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios, no entendemos que Dios se mudase en hombre, porque Dios es inmutable, y si pudiese cambiarse en otra cosa que no sea Dios, sería destruido; cuando decimos que el hombre se hizo Dios, tampoco entendemos que el hombre se cambiase en otro sér, porque entónces el hombre no sería hombre, sino monstruo. Cuando decimos que Dios es hombre y el hombre Dios, no entendemos que de esta union resultase una tercera naturaleza, porque entónces ni sería hombre ni sería Dios; así como dos esencias espirituosas mezcladas por un empírico no son ni una ni otra, sino una tercera; así como mezclados lo blanco y lo negro, ni son blanco ni negro, sino un tercer color. Pero ¿cómo se hizo esto? Pongamos en Jesucristo una sola persona, la persona del Verbo, y entónces comprenderemos,

cómo Dios es hombre, y cómo el hombre es Dios; entónces diremos que, unidas ambas naturalezas sin confusion ni mezcla, la persona es Dios, por tener la naturaleza divina, y ésta misma persona es hombre, por tener la naturaleza humana. ¿Quién, al llegar aquí, no se ve precisado á exclamar con San Pablo: «¡Oh altura de las riquezas de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios! ¡Cuán inapeables sus caminos!» ¡Quién puede pensar en el *hágase* de María, sin quedar atónito, confuso y abrasado en el amor hermoso de la Divinidad! ¡Quién considerará estos prodigios con atencion, sin que exclame: ¡Oh bondad divina, que eres lo que yo soy por naturaleza! ¿Cómo no soy yo por el amor lo que tú eres? ¿Cómo vivo para mí? ¿Cómo no te amo con más ardor que los serafines?

Pero volvamos á considerar cuánto hace María con aquel *fiat*. En nuestros labios no sería aquel *hágase* más que un deseo ó un consentimiento; pero en los de María fué una palabra de mando, y Dios quiso, como afirman los Padres, que tuviese tanta fuerza y virtud, cuanta tuviera el *fiat* del Criador al sacar el mundo de la nada; y aún parece que tuvo más, pues á su impulso se dieran á luz efectos más maravillosos que los de la creacion. Porque en aquel *fiat*, Dios sacára las criaturas del seno de la nada y las diera sér; mas en éste, Dios sacára una obra de su propio seno, y recibiera de María un nuevo sér: en aquél, Dios no añadiera nada á sus perfecciones infinitas; en éste María se ha dado á sí misma una dignidad incomprensible, un imperio sobre el mismo Dios, pues siendo su Madre, tenía sobre Él los derechos más sagrados de mando y supremacía. Si queremos pasar adelante en esta obra, nos vemos obligados á retroceder, porque los misterios se suceden con tanta rapidez, las maravillas se ven tan multiplicadas, que el entendimiento más encumbrado se aniquila. ¡Oh *fiat* admirable! ¡Oh *fiat* incomprensible! ¡Oh *fiat* omnipotente el de María! ¿Se pronunció jamás

otro como él? ¿No es este el punto de decir que el amor hermoso de María hizo que Dios saliese en cierto modo de sí mismo? ¿Que quedase extasiado al contemplar la belleza de María? ¿No podemos afirmar que María, con su amor, ganó el corazón de Dios, y que las palabras que responde á su mensajero lo han trasportado y encantado? ¿No podemos decir que este amor obligó á Dios á dar un salto inmenso, saliendo del seno del Padre y viniendo al de María, para unirse á Ella y con Ella á nosotros para divinizarnos? Cese ya vuestro silencio, amados míos, y salgan de vuestros corazones aquellas palabras del melifluo Bernardo. *O amoris vim! Quid violentius? Sic de Deo triumphat amor!* ¡Oh fuerza del amor! Nada hay más violento, pues así triunfa del mismo Dios. Hablad, y con melodiosos cantos exprimid vuestra gratitud á la Madre del Amor Hermoso; porque en su seno divino Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios; por Ella nosotros, que no éramos sino puros hombres, nos hemos hecho hermanos del mismo Dios.

Maravillas tan inauditas, obradas en el instante en que María dijo *hágase*, me obligan á afirmar que entonces se cumplió la formación y ornato del mundo moral en los cielos y en la tierra: *Igitur completi sunt cæli et terra, et omnis ornatus eorum*. Sí, faltaba algo á los cielos, cuyos asientos se hallaban vacíos desde la defección de los ángeles; mas con aquel *fiat* se abrió el camino para que se llenasen, siendo admitidos los hombres en el paraíso, de que se hallaban excluidos: *Perfecti sunt*. Faltaba mucho á los hombres, pues embrutecidos en el amor sensual, no comprendían la nobleza de su sér, ni la grandeza del amor divino, ni los premios á que estaban destinados; mas con el *fiat* de María les bajó la luz que les ilustraría, el fuego que les abrasaría, la mano que abriría las puertas del cielo: *igitur perfecti sunt*. Faltaba algo á los ángeles, que tenían el desconsuelo de ver que las almas custodiadas por

ellos no eran compañeras de sus goces celestiales: *Perfecti sunt*. Faltaba algo en cierto modo al mismo Dios, pues su corazón amabilísimo no se veía correspondido por los hombres; pero con el *fiat* de María, Dios y el hombre se unieron con los vínculos más estrechos de amistad, se acabaron las iras del Dios justo, se dieron ósculo de amor la justicia y la paz; y ¿quién no lo ve? la era del amor divino empieza en María, y durará por toda la eternidad; desde que María ha enseñado á los hombres á preferir el amor puro á cuanto puede haber de grande en el mundo, todos empezaron á amar; Dios había mostrado á los hombres un amor infinito, y los hombres se lo disputaron en cierto modo, queriéndoselo pagar con otro amor que, aunque finito en su extensión, tiene algo de infinito en su intensidad. Nada fué dejar por amor á Dios las prosperidades, conculcar los honores, despreciar las riquezas, abandonar á sus padres, á sus deudos, á sus amigos y á todo cuanto existe en la tierra; la vida, sí, la vida misma fué sacrificada en las aras del amor divino por un número infinito de mártires y de vírgenes, que hubieran muerto mil veces por amor de Dios; niños que apenas supieran hablar, tuvieron ánimo para abocarse con los tiranos, y decirles que estaban dispuestos á presentar su cerviz á la cuchilla por amor de Dios; innumerables doncellas desecháran la mano de Emperadores y Reyes, de presidentes y cónsules por amor á Dios; penitentes sin número hicieron de los desiertos su morada, de las raíces su comida, de los cilicios su placer, por reparar una pequeña ofensa que hicieran al amor divino. ¡Oh amor santo! Desde que María te ha concebido en su seno, yo te veo por todas partes dando nueva vida á los mortales, y produciendo obras admirables; yo te contemplo animando á un Pablo, para que, sin temor á las cadenas ni á los elementos, ni á los peligros, ni á la espada, ni á la muerte, lleve por do quier el nombre de Jesús; yo te veo infla-

mando el espíritu de los Javieres y de los Paules, de las Teresas de Jesus y de las Pazzis, y unos convierten cincuenta Reyes, otros bautizan millones de salvajes; éstas exclaman que no quieren vivir sin padecer, aquéllas que no quieren morir por padecer más; tú abrasaste los corazones de los Monarcas, y los vasallos fueran felices; tú inflamaste el ánimo de los pueblos, y sus Reyes eran padres amorosos; tú entraste en el corazón de magistrados, y la justicia floreció en la tierra; tú animaste al guerrero, y era león en la pelea y cordero en la paz; tú invadiste la tierra, y la tierra se convirtió en paraíso; tú dirigiste las plumas de los sábios, y cada hombre era un filósofo, cada aldea tenía su cátedra; tú atacaste con vigor á los tiranos, y los tiranos cayeron, cesó su política violenta, y fué reemplazada por la política suave y benigna del Evangelio; tú, por fin, bajaste del cielo á la tierra, te mostraste cariñoso y benigno, y el hombre te dió cabida en su corazón, y entónces la sabiduría de Dios se hizo sabiduría del hombre, la omnipotencia de Dios se hizo comun al hombre, Dios y el hombre se hicieron amigos y compañeros, y vínculos eternos los unian con más perfeccion que la que une el resplandor á la luz y el calor al fuego.

Caiste, pues; caiste ¡oh pérfido amor profano! Caiste: María es quien ha estrellado bajo de sus plantas tu erguida y ominosa cerviz; su humildad la ha hecho anonadarse hasta el polvo, reputándose por el objeto más vil y abyecto del mundo, y ésto atrajo sobre Ella las miradas del Altísimo; su pureza la encumbró sobre los ángeles, pues fuera lo que ellos no podían ser, por haber querido excederles en el amor puro de la Divinidad; y movido el Eterno por esta humildad sin igual en las criaturas, enternecido por este amor, bajó á su seno castísimo, apareció entre los hombres, los santificó, los instruyó, los enseñó á amar, rompió el decreto de exterminio que exis-

tiera contra nosotros, y reconcilió á los hijos de Dios, volviéndolos á la amistad de su Padre. Desde ahora tus saetas no han de herir, tus venenos han de cesar de hacer estragos; María los ha deshecho y pulverizado: desde ahora el espíritu divino, que es todo amor, ha de bajar al corazón del hombre y ha de hacer de él un santuario, al cual no tendrás entrada: desde ahora el amor hermoso de la Divinidad ha de tener al hombre como asediado por todas partes, lo ha de inflamar, lo ha de divinizar.

¿No es éste, amados míos, el lugar donde debo decir, con San Agustín, *Da amantem, et scit quid dicam*, dadme una persona que ame, y sabrá lo que digo? ¿No es aquí donde debo levantar mi voz contra este siglo que no tiene más amor que el amor al dinero, el amor á la sensualidad? ¿No puedo decir sin temor que el amor hermoso ha empezado á preparar su viaje para volverse al cielo, de donde bajara, por no encontrar en la tierra corazones amantes de la Divinidad? ¡Ay! ¿No puedo yo aplicar á mi siglo lo que escribía San Ambrosio á una jóven que, enredada en amores profanos, perdiera su mayor joya? «¡Desgraciada de tí, le dice, que por un amor lujurioso perdiste en un momento todos los bienes que te enriquecían y adornaban! De vírgen del Señor, te has convertido en corrupcion de Satanás; de templo de Dios, en lupanar de inmundicia; de santuario del Espíritu Santo, en tugurio del demonio; tú, que resplandecías como el oro, eres ahora vil como el fango de las playas; tú, que eras como una estrella, ahora eres como un negro carbon que exhala por todas partes humo y fetidez.» ¡Ah! La sociedad de nuestro siglo no tiene encanto ni atractivo si no brilla el oro, si no sobresale la esplendidez, si no se insinúa la sensualidad; los hombres no valen nada si no son hombres de grandes empresas, de grandes talentos, de cuantiosos caudales; el bello sexo es despreciado si no es accesible á los chistes punzantes, á las saetas amorosas

y á las miradas lúbricas; los pueblos son fanáticos si conservan aquella ilustracion antigua que hacía á los hombres sesudos, cuerdos, maduros, prudentes, honrados, religiosos, fieles á su Dios, fieles á sus juramentos y fieles á su príncipe; el amor del oro y de la carne, siendo los dos polos donde estriba la felicidad de este siglo, para nada se cuenta con el amor divino; retirado éste en alguna morada silenciosa, entre algunas pocas almas justas, eliminado de la sociedad, no faltan Herodes tiranos que lo persigan, Caifases sacrílegos que lo calumnien, fariseos hinchados que lo escarnifiquen, pueblos ébrios de amor mundanal que pidan su desaparicion. ¡Oh siglo diez y nueve! Tú no has sabido escoger, tú has heredado de tus venerables antecesores grandes luces de ciencia y virtud, grandes elementos de prosperidad y de paz; mas no has querido heredar las virtudes de los siglos pasados, y sí sus vicios, sí los principios de destruccion, sí las máximas irreligiosas, sí la inmoralidad, sí el amor del oro y de los placeres que condujeron sucesivamente á su ruina á cuantos imperios hubo en las edades anteriores. Viven, pues, los hombres equivocados; viven en el error.

¡Oh cuánto se complace mi alma, amados míos, en pensar que vosotros no perteneceis á este número! Sí, vosotros sois todos hijos de María; y teniendo un corazón tan noble, no podeis ménos de amarla. ¡Ah! Dirigidla una mirada, abrid vuestra alma generosa, oid su dulce voz, corresponded á sus tiernas miradas; Ella nos llama; «Venid á Mí, nos dice; yo estoy afirmada en la Santa Sion, y reposé en la ciudad santificada, y en Jerusalem está mi potestad; yo me arraigué en un pueblo honrado, y en la porcion de mi Dios, que es su herencia, y en la plenitud de los Santos es mi mansion. He sido ensalzada más que el cedro del Líbano, y como el ciprés de Sion. He sido enaltecida como la palma en Cades, y como la

rosa en las campiñas de Jericó. Me he elevado como oliva vistosa en los campos, y como plátano situado en las playas junto á las aguas. Dí fragancia como el cinamomo, y el bálsamo, y el estoraque, y el gálbano, y el onique; he extendido mis ramas como el terebinto, y como vid frondosa y lozana eché frutos de suavísimo olor, y mis flores son de honor y riqueza; soy la Madre del Amor Hermoso, y del temor santo, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí reside toda la gracia, en mí toda esperanza de vida y de virtud; venid, pues, á mí todos los que me deseais, y sed colmados de los frutos de mi amor, porque mi espíritu es más dulce que la miel, y yo amo á los que me aman.» ¡Oh qué palabras tan encantadoras! ¡Quién no queda preso en los lazos de este amor! ¡Quién ama las cosas del tiempo cuando tan nobles y puros son los amores de la eternidad! Sea, pues, amados míos, sea María el objeto de nuestro tierno amor en la tierra, y Ella hará que el amor divino nos una para siempre con su Hijo en el cielo, que á todos deseo. Amen.